

Enfrentarse a la autoridad, negociar la moralidad

Este artículo presenta las paradojas de la globalización, un fenómeno que puede agravar la desigualdad estructural de la mujer a escala mundial y al mismo tiempo brindar oportunidades de liberación femenina a escala local

Por **Annu Jalais**
(a.jalais@lse.ac.uk),
autora del libro
“El bosque de los
tigres: Personas,
política y ecología de
los Sundarbans”

Tanto si ha diversificado como si ha limitado las opciones económicas de las comunidades del mundo entero, la globalización ha traído consigo profundos cambios en la forma en que las personas sienten y entablan sus relaciones sociales. La recolección de semilla de camarón, una actividad implantada a mediados de los años setenta en las islas habitadas del delta de Bengala, al norte de la jungla de los Sundarbans, ha atraído las críticas de los ecologistas por las devastadoras consecuencias que provoca en el ecosistema. En este artículo no pretendo discutir el carácter destructivo del sector camarero sino los dilemas morales que plantea su presencia en las islas habitadas de la región de Sundarbans de Bengala Occidental. Si por una parte sus operaciones pueden atentar contra el medio ambiente, por la otra amenazan un orden social fuertemente arraigado basado en conceptos tradicionales de género y de jerarquía. Las mujeres de la región han conseguido contrarrestar estas críticas de forma interesante.

Los ríos y los canales de esta región de Bengala Occidental constituyen una reserva extraordinaria de peces y la pesquería local de camarón representa una fuente de divisas considerable para la India. De las diversas especies cultivadas comercialmente, el denominado “camarón tigre” (*Penaeus monodon*, conocido como “*bagda*” en la zona) es el de mayor tamaño y de sabor más delicado. De hecho, los camarones tigre han sido bautizados como los “dólares con patas” de la región. Se calcula que unas 10.000 hectáreas de terreno de las islas

habitadas del norte de la jungla de los Sundarbans se dedican a esta pesquería. La semilla se recoge de los ríos que desembocan en la zona sur del delta. Aquí el suelo no es demasiado fértil y se ve inundado periódicamente por las aguas salobres de los ríos, de manera que una gran parte de la población de las islas del delta extrae de la jungla cangrejos, madera o miel y trabaja en la pesca y en la recolección de semilla de camarón.

La cosecha de camarón, una práctica muy popular y que constituye una de las fuentes de ingresos más estable de las poblaciones isleñas, ha sido prohibida recientemente por el Gobierno. Un pescador con un esparavel puede ganar en un par de horas más dinero que el que obtendría en un día de faenas agrícolas. El sector experimentó un fuerte desarrollo después de los devastadores ciclones de 1981 y 1988. Los ciclones destruyeron los parapetos en torno a numerosas islas, que quedaron devastadas. Se perdieron cosechas por valor de 830 millones de rupias (unos 17.700.000 dólares) y las tierras se volvieron salobres y estériles. Los más afectados resultaron ser los que vivían a orillas de los ríos, pescadores y silvicultores. Perdieron las escasas tierras que poseían y muchas mujeres, para dar de comer a sus familias, empezaron a recoger semilla de camarón, ya que la semilla se paga en efectivo.

La recogida de semilla de camarón creció de forma acelerada en los años ochenta porque en ese momento el gobierno aplicaba mano dura a todos los que intentaban penetrar en la jungla sin licencia de explotación. Las licencias eran caras y los funcionarios multaban a los infractores de forma implacable. En este contexto la recogida de semilla de camarón cobró una enorme popularidad. Podía practicarse en las riberas de los ríos sin adentrarse en la jungla, cuando le viniera bien a uno, era altamente lucrativa y, en suma, se trataba de una actividad legal sin el estigma de la explotación forestal.

La recolección de camarón permitió alcanzar la estabilidad económica a los más pobres, sobre todo a las mujeres. Como señalan los isleños, gracias a esta práctica los más vulnerables comían dos veces al día. Sin embargo, las élites de las aldeas pronto la criticaron acerbamente. En su opinión los recolectores eran “unos avariciosos” que amenazaban la ética de la comunidad. Es de destacar que a las élites no les indignaba ni el posible deterioro del ecosistema ni los ataques de los cocodrilos a las recolectoras. Su furia emanaba más bien de una preocupación urbana y burguesa por la moral y la jerarquía social, con un sesgo de género. Los críticos, en el fondo, alegaban que la

ENVIRONMENTAL JUSTICE FOUNDATION



Mucho trabajo, poco dinero. Una joven recoge semilla de camarón en la jungla de Sundarbans, Bengala Occidental, India

recolección de camarón volvía “ingobernables” a las mujeres y “arrogantes” a los pobres, porque con el dinero conseguido se “atrevían” a poner en tela de juicio la jerarquía social de la aldea.

Me gustaría ilustrar este punto con un ejemplo. Un día me encontraba tomando una taza de té en el mercado del pueblo donde realizaba una investigación y un maestro de la escuela, uno de los miembros de la elite social y económica local, empezó a conversar conmigo: “¿Sabe por qué los cocodrilos atacan a las recolectoras de camarón? Por su avaricia. Esas mujeres se olvidan de que tienen hijos que atender y se van al río al amanecer a echar las redes y volver llenas de dólares. Los americanos y los japoneses, con su apetito por el camarón tigre, están echando a perder nuestras tradiciones. Ahora las mujeres ya no cocinan para sus maridos, no les interesa más que el dinero”.

Más adelante una de las recolectoras, Arati, que había oído esta conversación, me preguntó con sarcasmo: “¿Y cuáles son esas tradiciones de las que habla? La tradición de explotarnos trabajando en sus campos por un puñado de rupias. Los camarones han sido nuestra salvación, son auténticos dólares con patas y así podemos enfrentarnos a los terratenientes que nos explotan sin piedad. Ahora yo puedo no sólo pagar la escuela de mis hijos sino también comprarme unos zapatos si me hacen falta”.

La aversión de las elites hacia las recolectoras de camarón debe entenderse asimismo como una lucha por el control de la economía local. Los terratenientes toman a mal que, desde la aparición de la recogida de camarón, los jornaleros y aparceros se niegan a trabajar en las faenas agrícolas por el escaso jornal que antes se pagaba. Las mujeres optan por cosechar la semilla y venderla al mejor postor. Prefieren pedir dinero prestado a los compradores de camarón, que proceden de su misma clase socioeconómica, que a los terratenientes.

Si bien algunos estudios alegan que la globalización ha perjudicado a la mujer por haber agravado la desigualdad estructural de género, numerosas mujeres, especialmente las de estatus socioeconómico bajo, opinan que en realidad no hace sino darles mayores oportunidades para romper con las normas patriarcales preexistentes. Afirman tener mayor autonomía que las mujeres de la generación anterior.

La crítica de Arati al maestro de escuela que condenaba a las mujeres pobres y su afán de autonomía económica plantea el dilema de saber quién decide la moralidad de un comportamiento. La experiencia de la globalización entre las mujeres pobres puede contemplarse después de todo como la expresión de un deseo profundo: el de la dignidad humana. ❖

“Los camarones han sido nuestra salvación, son los auténticos dólares con patas de los Sundarbans...”